

«La pena va unida a los temblores de la vida.»

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

*Tierra de hombres*

*Para Suzanne y Nicole*

Una noche de octubre, tendido en la cama con una chica de diecinueve años y el tequila y el jugo de pomelo, Hank Allison, de treinta y cinco, se entera de lo ocurrido. Están desnudos, bajo la sábana y una manta ligera, los hombros recostados en las almohadas para poder beber. El cuerpo de Lori es alargado; Hank no es un tipo alto, y ella le saca quizá un centímetro y medio; cuando se pone botas de tacón y agacha la cara para besarlo, él le dice que es como un cisne inclinándose para comer. Sabe que es una tontería, pero desearía que no fuera tan alta; alguna vez ha bromeado al respecto con Jack Linhart, que un día le dijo: «Déjate de bobadas: tú saca pecho y presume de tener a una chica como esa a tu lado». Hank nunca ha deseado ser más alto.

Esta noche han ido a Boston al cine y a cenar, y en Casa Romero, su restaurante favorito, han empezado con margaritas, pero al ver las quesadillas con jalapeños y el queso fundido con chorizo de los entrantes, y al pensar en la película y en la comida y en lo que iban a pedir, se han ido animando y se han pasado a los chupitos de tequila acompañados con Superior. Han comido mucho y han salido del restaurante achispados, aunque no borrachos; después, Hank ha comprado un *pack* de seis San Miguel para el viaje de tres cuartos de hora en coche hasta casa

—suficiente para un casete de Willie Nelson y parte de otro de Kristofferson—, durante el cual se ha pasado gran parte del rato hablando, a pesar de que su yo sobrio lo conminaba a callarse recordándole que con Lori debe medir siempre sus palabras; porque Hank la quiere y sabe que con él, como con todo el mundo, siente y piensa muchas cosas que no acierta a decir. Él sospecha que quizá tenga que ver con su madre, una mujer verbosa que casi siempre deja a su marido y sus tres hijas en silencio, que es guapa y lo sabe y se esfuerza en serlo, y a la que le gusta flirtear y quizá, piensa Hank, a juzgar por la mera evidencia de lo que Lori murmura cuando están en la cama, algo más. Pese a todo, él tampoco se desvive por saber por qué a Lori le resulta tan difícil brindarle al mundo, e incluso a él, su corazón en palabras. Cree que entre amantes existe un misterioso equilibrio de poderes, y que si algún día llegase a comprender cabalmente qué lazos son esos que mantienen amarrada su lengua, si se los revelase y la ayudara a cortarlos, dejaría de ser su amante. Se conforma con las virtudes que encuentra en ella y espera que Lori también sepa apreciarlas. A menudo le habla de cuando era pequeña; no recuerda que su padre la haya besado o abrazado nunca; Lori lo quiere, y sabe que él a ella también. La suya es sencillamente una relación sin contacto.

Hasta que han vuelto a su apartamento y se han llevado el tequila a la cama, Hank estaba convencido de que harían el amor. Pensaba en su espigado cuerpo bajo el suyo. Sin embargo, aunque su corazón estaba a punto, tenía el miembro flácido, entumecido; su escaso aguante para la bebida había sido vencido hacía rato. Hank, pues, le ha separado las piernas y ha bajado la cabeza: cuando Lori se ha corrido, se ha sentido como si él se hubiera corrido también. La mejor manera de compartir el orgasmo de

una mujer, la única para poner en ello todos los sentidos: observar por encima del pubis para ver su cara entre los pechos, tocarla con las manos y la lengua, la delicia del sabor y del olor, oír no solo sus gemidos, sino también el sonido de la lengua y el tenue baqueteo de sus manos en la cara.

Hank descansa ahora recostado plácidamente en las almohadas; los vasos de la mesita de noche todavía están medio llenos, y le tiende uno a Lori. De vez en cuando da una calada a su cigarrillo, aunque recuerda que a este paso puede recaer en algo que dejó hace nueve años, cuando afrontó lo mucho que tardaba en escribir y lo mucho que tendría que vivir para escribir las diez novelas que se había fijado como meta. Ya casi ha terminado el segundo borrador de la tercera. Lori ha empezado a hablar de Monica. Hay algo en su voz que lo pone en alerta. Ella y Lori eran amigas. Quizá esté a punto de enterarse de algo que ignoraba; a lo mejor Monica le fue infiel cuando todavía estaban juntos, cuando era su estudiante y se amaban furtivamente, como ahora con Lori. Nota cómo Lori incurre en un pequeño desliz por culpa del alcohol.

—No, no puedo —dice a mitad de una frase que no parece requerir reticencia alguna.

—¿No puedes qué?

—Nada.

—Dímelo.

—Le prometí a Monica que no te lo diría.

—Cuando le cuento un secreto a un amigo, doy por descontado que se lo contará a su mujer o a su novia. Es lo normal.

—Te va a doler.

—¿Cómo va a dolerme nada que tenga que ver con Monica? No la he visto desde hace más de un año.

—Te dolerá.

—Imposible. Ya no.

—¿Te acuerdas de cuando vino aquel fin de semana? ¿En octubre? Hiciste cena para los tres.

—Sí, pasta con camarones. Y nos emborrachamos con sake.

—Antes de la cena, ella y yo pasamos por la licorería. No paraba de hablar de un chico al que había conocido en la clase de arte.

—Tommy.

—No me lo dijo, pero sé que se lo estaba tirando. Quería que yo lo supiera. Se le notaba en los ojos. En cómo sonreía. Me cabreeé con ella, pero no dije nada. Yo la quería, pero nunca había tenido una amiga que tuviera dos amantes a la vez y pensé que menuda perra. Yo estaba empezando a enamorarme de ti y no soportaba pensar que pudiera hacerte daño, y no entendía para qué había venido a pasar el fin de semana contigo.

—Así que se lo estaba tirando antes de que cortara conmigo. En fin, tendría que habérmelo esperado. Siempre estaba hablando de él; bueno, de sus dibujos.

—No, no es eso. Estaba embarazada. Se enteró después de romper contigo. —Jamás ha oído en Lori un tono de voz tan lastimero, salvo cuando habla de sus padres—. Ya sabes cómo es Monica. Se puso histérica; me llamaba cada noche, llamaba a sus padres, vio a tres médicos. Dos en Maine y uno en Nueva York. Todos coincidieron en las fechas: era tuyo. Para entonces ya estaba de dos meses. Su padre se la llevó e hicieron lo que creyeron mejor.

A Hank le viene una imagen: ve a su hija, Sharon, de trece años, los senos despuntando apenas bajo el suéter; está de pie en la cocina, el cabello oscuro y largo; está cortando apio en la

encimera para la comida que preparan juntos todas las semanas. Apoya la mejilla de Lori sobre su pecho y le acaricia el pelo.

—No pasa nada —dice—. Tenía que saberlo. Sé que si no lo hubiera sabido, nunca habría sabido que no lo sabía; pero odio no saber. No quiero morirme sin saber todo lo que tenga que ver con mi vida. Tenías que decírmelo. ¿Quién iba a hacerlo, si no? Sabes que tenía que saberlo. No pasa nada. Mierda. Maldita perra. Habría... Habría nacido en primavera... Me habría tomado todo el verano libre... Podría habérmelo quedado yo. Puedo criar un hijo... No soy ningún... Maldita sea... Tengo que mear...

Sale de la cama tan aprisa que apenas se da cuenta de que la cabeza de ella se queda sin apoyo cuando su pecho desaparece de debajo. Cruza el pasillo corriendo, orina de pie y entonces, repentino e incontrolable como el vómito, irrumpe el llanto; y, al igual que cuando vomita, deja de ser él para no ser más que el débil e impotente anfitrión de esos ruidos, esas convulsiones, esas lágrimas; apoya ambas manos en la pared que tiene delante y gimotea de pie; las lágrimas cesan, su pecho tiembla, gime, luego vuelven las lágrimas, como salidas de un sitio tan profundo que ni el dolor lo había sondeado nunca. Lori está desnuda a su lado. Intenta que deje de empujar la pared; trata de abrazarlo, llorando ella también y diciendo cosas, pero él solo alcanza a distinguir el tono de su voz, reconfortante como el rumor del viento soplando entre los árboles que crecen en un lugar apacible del que él salió hace mucho. Por fin, se vuelve hacia ella para que lo abraze y haga lo que tenga que hacer; y, sin embargo, cuando se encuentra frente a frente con su cuerpo firme y espigado, con su bronceado veraniego aún perceptible en los pechos y los flancos pese a ser el mes de octubre, se pone a mover las manos como amagando puñetazos, alargando el brazo apenas

lo justo para que Lori no tenga que retroceder ni protegerse; izquierda, derecha, izquierda, derecha, ganchos cortos dirigidos a su vientre mientras dice no, no, no: ya no sabe si grita o si masculla. Solo sabe que todo él es ruido y lágrimas, y una tristeza de muerte y unos brazos fuertes y veloces que golpean el aire frente al vientre de Lori.

Finalmente se le pasa; deja caer los brazos sobre los hombros de ella y se abandona como un peso muerto. Lori le hace dar media vuelta y se lo lleva por el pasillo, el brazo izquierdo rodeando su cintura y la mano derecha sujetando el brazo de él sobre sus hombros. Hank se acuesta en la cama y Lori le pregunta si quiere una copa; mejor no, responde. Se mete ella también dentro de la cama y abraza la cara de él contra su pecho.

—Siete meses —dice Hank—. No hacía falta más. Luego me lo habría quedado yo. ¿Crees que no habría sido capaz?

—Claro que sí.

—Habría sido difícil. Terrible, a veces. No quería pegarte.

—Lo sé.

—Solo era el vientre.

—¿El de Monica?

—No lo sé.

Esa noche sueña; es verano, uno de esos deliciosos veranos en los que no hay universidad y no tiene que escribir atropelladamente para salir a correr antes de dar clase, y por las tardes recoge a Sharon y a veces a una o dos de sus amiguitas y se van a la playa de Seabrook, en Nuevo Hampshire; allí suelen estar Jack y Terry Linhart con su hija y con su hijo, y entonces tienden las mantas todos juntos y conversan y dormitan y se bañan, y así

trascurren las largas y refrescantes tardes cuyo paso marca solamente el lento arco del sol, emblema del tiempo reconvertido en símbolo de atemporalidad. El sueño no empieza con esos detalles, sino con ese tono: los plácidos días azules en que enseñña para ganarse la vida, se despierta en las oscuras mañanas de invierno para escribir y salir luego a correr entre la nieve y el frío viento y el hielo. En el sueño aparece una playa desierta: presente que hay más gente pero no se ve a nadie, solo una franja de arena que desciende hasta el mar, y Sharon y él están tumbados sobre una manta. Hablan. Ella se encuentra a su derecha. Él se gira entonces ligeramente hacia la izquierda y repara en el feto que tiene al lado; su presencia no le causa sorpresa, como si ya supiera que estaba ahí, que lleva ahí tanto tiempo como Sharon y él. El sueño le dice que es una niña; la ama, disfruta viendo cómo duerme ovillada sobre el costado: observa la desproporcionada cabeza, los bracitos, las piernas. Pero hay algo que lo inquieta. Presenta un color rosa brillante, como si lo hubieran escaldado, y entonces cae en que debería haberle puesto crema para el sol. Duerme plácidamente, y Hank se pregunta si debería dejarlo ahí mientras él y Sharon se dan un baño entre las olas. Sabe que a partir de ahora se lo llevará a la playa todas las tardes para que duerma a su lado hecho un ovillo de color rosa, y que, como no tiene nombre, nunca crecerá. El amor que despierta en él es tan tierno que se transforma en dolor al contemplar su carne bajo el calor del sol.

El sueño no lo desvela. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando por fin se despierta, sigue ahí, tan vívido como si estuviera soñándolo otra vez. Lo ve y lo siente incluso antes de reparar en el dolor de cabeza, la boca resacosa y seca, la necesidad de orinar; antes de oler las colillas de la mesita de noche y los

restos de tequila en los vasitos que hay junto al cenicero. Antes de reparar en el peso y el olor de Lori, tendida en la cama. Se levanta y se va al baño y vuelve sin hacer ruido, no por deferencia, sino porque no quiere que Lori se despierte. Se acuesta con su sueño. Su corazón necesita llorar, pero su cuerpo no lo logra, se siente vacío, y vuelve a pensar que el llanto se asemeja al vómito: las noches de borrachera en las que se despierta de golpe de la náusea del sueño y se va corriendo al baño, se arrodilla, se abraza al inodoro hasta que ya solo le salen arcadas secas; el despertar por la mañana mareado aún, con los ojos irritados por culpa de los capilares rotos por la violencia del vómito; la sensación de que en cualquier momento tendrá que volver al baño, pero ya no hay nada que evacuar, así que sencillamente se queda tumbado en la cama durante horas.

Esto, sin embargo, no pasará. Tendrá que pensar. Sus superiores en la universidad y su editor creen que su vocación tiene que ver con pensar. Se equivocan. Rara vez piensa. Trabaja con el instinto, intentando articularlo. Y lo que ahora le dice el instinto es que lo mejor que puede hacer es quedarse acostado en silencio y esperar: es domingo y por la tarde Lori y él se llevarán a Sharon de paseo por la isla Plum. Se imagina a los tres en las dunas, hasta que nota que Lori empieza a despertarse.

Lori sabe lo que le gusta cuando se despierta con resaca, de modo que, sin mediar palabra, empieza a acariciarlo y a lamerle los pezones; la respiración se le acelera, siente la lujuria de la resaca, una necesidad imperiosa, casi desesperada, como si solo su clímax pudiera arrancarlo del letargo del cuerpo, de los intersticios de su cerebro. Lo necesita como otros necesitan un trago de buena mañana. Lori sabe también que su necesidad es insular, masturbatoria; es consciente de que se trata de un



acto de misericordia, de que sus labios y sus dedos y ahora su boca tienen una función medicinal. Pero también le gusta. Esta mañana, sin embargo, pese a la suavidad de su boca, no logra que se ponga duro, hasta que por fin él la coge por los brazos, la levanta, la acuesta boca arriba y se arrodilla entre sus muslos. Cuando acaba sigue sin haberse puesto duro, pero su lujuria se ha calmado.

—Esta mañana no era el tequila —dice.

—Ya lo sé.

Le explica lo que ha soñado.

Cuando por fin salen del apartamento, el día está lo bastante fresco como para ponerse suéter y cazadora; el aire es seco, el cielo azul cerúleo, y la mayoría de los árboles conservan aún las hojas moribundas, de color rojo brillante y naranja y amarillo. Han tardado dos horas en salir del apartamento: primero Hank ha ido al baño, de donde ha salido avergonzado por la peste; luego se ha acostado mientras Lori se aseaba; intentando concentrarse en cualquier cosa para no pensar en el sueño, se ha preguntado por qué sus novias, ni siquiera en mañanas crapulosas como esa, jamás dejan mal olor. Siempre esperan en la cama, dejan que vaya él primero; luego van ellas, con sus cajitas y sus frascos, y tras sentarse en la taza que él ha calentado previamente, pasan un buen rato duchándose, y cuando terminan se encuentra con que el baño está lleno de vaho y huele a mujer: a limpio, a polvos, a lo que sea que hayan hecho ahí dentro. Qué sencillo y, a la vez, qué considerado: dejar que vaya él primero para que no tenga que esperar aguantando el dolor de vejiga, mientras ellas llevan a cabo su proceso de cambio de olor;